

PERIOLIBROS



JAIME SABINES

ANTOLOGÍA

Ilustraciones:
Eugenio F. Granell

E. Granell 95

Página/12



Este *Periolibro*
llega a millones de lectores
en toda Iberoamérica
a través de 25 reconocidos periódicos,
gracias al auspicio de:

BANCO INTERAMERICANO
DE DESARROLLO

◆

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES A.C.

◆

IBERIA

◆

BANCO SANTANDER

◆

FUNDAÇÃO ROBERTO MARINHO

◆

BACARDÍ Y CÍA. S.A. DE C.V.

◆

UNESCO
y FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
agradecen el respaldo a este gran proyecto
de integración iberoamericana



JAIME SABINES

Nació en 1926 en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, al sureste de México. Desde muy joven demostró su vocación por las letras y sobre todo su interés por la poesía española. Después de cursar estudios en su estado natal, viajó a la ciudad de México para estudiar, primero, medicina y luego literatura hispánica, bajo la tutela de grandes maestros como Julio Torri, Agustín Yáñez y Julio Jiménez Rueda.

En una noche inspirada de 1949 nace *Horal*, su primer libro, al que siguieron, entre otros, *Adán y Eva, Tarumba, Diario semanal y poemas en prosa, Yuría* y su famoso poema "Algo sobre la muerte del Mayor Sabines". Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que la pluma de Sabines está hecha para la poesía. Poesía acerca de lo cotidiano, acerca de cuanto nos rodea. Para las sensibilidades privilegiadas cualquier escena, cualquier objeto, algunos rostros, son motivo para la creación estética y Jaime Sabines es una de esas almas afortunadas: está convencido de que si la literatura no le habla a los hombres acerca de lo humano, si no sabe encontrar el camino de su corazón, entonces carece de función y de razón de ser. Sin embargo, no bastan las palabras de cada día para crear un poema, y él lo sabe: hay que recrearlas y con ellas recrear la vida. Así su poesía ocurre a todas horas, sorpresivamente, y revela colores y tintes insospechados sobre aquello que siempre ha estado ahí pero que apenas es visto. La novedad de esa visión es la que hace de la obra de Sabines un festín que nos parece, a la vez, familiar y afortunado.

El arte de Jaime Sabines le ha valido toda clase de reconocimientos. Escritor de quien Octavio Paz dijera "es uno de los mejores poetas contemporáneos de nuestra lengua, muy pronto, desde su primer libro, encontró su voz. Una voz inconfundible, un poco ronca y áspera, piedra rodada y verdinegra, veteada por esas líneas sinuosas y profundas que trazan en los peñascos el rayo y el temporal. Mapas pasionales, signos de los cuatro elementos, jeroglíficos de sangre, la bilis, el semen, el sudor, las lágrimas y los otros líquidos y sustancias con que el hombre dibuja su muerte —o con lo que la muerte dibuja nuestra imagen de hombres."

Muchas de sus obras han sido traducidas al inglés, francés, búlgaro, holandés, yugoslavo y chino. La presente edición de *Periolibros* dedicada a Jaime Sabines recopila treinta años de lo más sobresaliente de su poesía.

EUGENIO F. GRANELL

Recientemente galardonado en España con el Premio Medalla de Oro de las Artes Plásticas 1995, Eugenio Granell (La Coruña, España, 1912), es reconocido mundialmente como un gran artista plástico, de quien el poeta surrealista Enrique Gómez-Correa dijera: "A pesar de la paloma que se desangra/ Sobre el blanco mantel/ A Granell/ Llegan seres agujerados por la antimateria/ Se sienta en torno a una mesa invisible/ Y entonces empieza la fiebre de color". Granell es ensayista y músico, además de célebre pintor. Su obra figura en las colecciones de importantes museos, como el Reina Sofía de Madrid y el de Arte Moderno de Nueva York.

FOTO: ROGELIO CUÉLLAR



Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Director de la UNESCO en México / **Adolfo Castañón**, Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

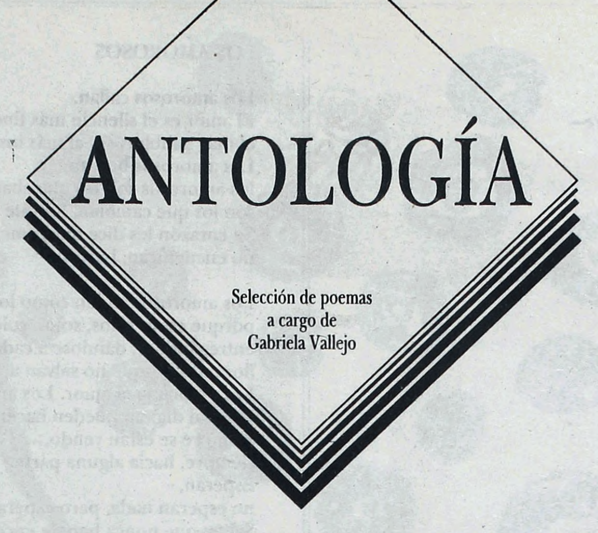
Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle**
Asesor Editorial **Alí Chumacero** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**
Postproducción **Carlos Castañeda**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia**, Bolivia; **O Globo**, Brasil; **Sport & Show**, Canadá; **La Nación**, Chile; **El Espectador**, Colombia; **Juventud Rebelde**, Cuba; **Hoy**, Ecuador; **La Prensa Gráfica**, El Salvador; **ABC**, España; **El Periódico USA**, Estados Unidos; **Siglo Veintiuno**, Guatemala; **La Prensa**, Honduras; **Aurora**, Israel; **Organización Editorial Mexicana**, México; **La Prensa**, Nicaragua; **La Estrella de Panamá**, Panamá; **Hoy**, Paraguay; **La República**, Perú; **Diário de Notícias**, Portugal; **Diálogo**, Puerto Rico; **Listín Diario**, República Dominicana; **La República**, Uruguay; **El Nacional**, Venezuela.
Periolibros: Apartado Postal 105-133, Col. Anzures, C.P. 11591, México, D.F.

PERIOLIBRO No. 36
Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / septiembre de 1995



ANTOLOGÍA

Selección de poemas
a cargo de
Gabriela Vallejo

HORAL
1950

HORAL

El mar se mide por olas,
el cielo por alas,
nosotros por lágrimas.

El aire descansa en las hojas,
el agua en los ojos,
nosotros en nada.

Parece que sales y soles,
nosotros y nada...

◆

Sombra, no sé, la sombra
herida que me habita,
el eco.
(Soy el eco del grito que sería.)
Estatua de la luz hecha pedazos,
desmoronada en mí;
en mí la mía,
la soledad que invade paso a paso
mi voz, y lo que quiero, y lo que haría.
Este que soy a veces,
sangre distinta,
misterio ajeno dentro de mi vida.
Este que fui, prestado
a la eternidad,
cuando nací moría.
Surgió, surgí dentro del sol
al efímero viento
en que amanece el día.
Hombre. No sé. Sombra de Dios
perdida.
Sobre el tiempo, sin Dios,
sombra, su sombra todavía.
Ciega, sin ojos, ciega,
—no busca a nadie,
espera—
camina.

◆

Yo no lo sé de cierto, pero supongo
que una mujer y un hombre
algún día se quieren,
se van quedando solos poco a poco,
algo en su corazón les dice que están solos,
solos sobre la tierra se penetran,
se van matando el uno al otro.

Todo se hace en silencio. Como
se hace la luz dentro del ojo.
El amor une cuerpos.
En silencio se van llenando el uno al otro.

Cualquier día despiertan, sobre brazos;
piensan entonces que lo saben todo.
Se ven desnudos y lo saben todo.

(Yo no lo sé de cierto. Lo supongo.)

◆

Uno es el hombre.
Uno no sabe nada de esas cosas
que los poetas, los ciegos, las rameras,
llaman "misterio", temen y lamentan.
Uno nació desnudo, sucio,
en la humedad directa,
y no bebió metáforas de leche,
y no vivió sino en la tierra.
(La tierra que es la tierra y es el cielo
como la rosa rosa pero piedra.)

Uno apenas es una cosa cierta
que se deja vivir, morir apenas,
y olvida cada instante, de tal modo
que cada instante, nuevo, lo sorprenda.

Uno es algo que vive,
algo que busca pero encuentra,
algo como hombre o como Dios o yerba
que en el duro saber lo de este mundo
halla el milagro en actitud primera.

Fácil el tiempo ya, fácil la muerte,
fácil y rigurosa y verdadera
toda intención de amor que nos habita
y toda soledad que nos perpetra.
Aquí está todo, aquí. Y el corazón aprende
—alegría y dolor— toda presencia;
el corazón constante, equilibrado y bueno,
se vacía y se llena.

Uno es el hombre que anda por la tierra
y descubre la luz y dice: es buena,
la realiza en los ojos y la entrega
a la rama del árbol, al río, a la ciudad,
al sueño, a la esperanza y a la espera.

Uno es ese destino que penetra
la piel de Dios a veces,
y se confunde en todo y se dispersa.

Uno es el agua de la sed que tiene,
el silencio que calla nuestra lengua,

el pan, la sal, y la amorosa urgencia
de aire movido en cada célula.

Uno es el hombre –lo han llamado hombre–
que lo ve todo abierto, y calla, y entra.

ENTRESUELO

Un ropero, un espejo, una silla,
ninguna estrella, mi cuarto, una ventana,
la noche como siempre, y yo sin hambre,
con un chicle y un sueño, una esperanza.
Hay muchos hombres fuera, en todas partes,
y más allá la niebla, la mañana.
Hay árboles helados, tierra seca,
peces fijos idénticos al agua,
nidos durmiendo bajo tibias palomas.
Aquí, no hay una mujer. Me falta.
Mi corazón desde hace días quiere hincarse
bajo alguna caricia, una palabra.
Es áspera la noche. Contra muros, la sombra
lenta como los muertos, se arrastra.
Esa mujer y yo estuvimos pegados con agua.
Su piel sobre mis huesos
y mis ojos dentro de su mirada.
Nos hemos muerto muchas veces
al pie del alba.
Recuerdo que recuerdo su nombre,
sus labios, su transparente falda.
Tiene los pechos dulces, y de un lugar
a otro de su cuerpo hay una gran distancia:
de pezón a pezón cien labios y una hora,
de pupila a pupila un corazón, dos lágrimas.
Yo la quiero hasta el fondo de todos los abismos,
hasta el último vuelo de la última ala,
cuando la carne toda no sea carne, ni el alma
sea alma.
Es preciso querer. Yo ya lo sé. La quiero.
¡Es tan dura, tan tibia, tan clara!

Esta noche me falta.
Sube un violín desde la calle hasta mi cama.
Ayer miré dos niños que ante un escaparate
de maniquíes desnudos se peinaban.
El silbato del tren me preocupó tres años,
hoy sé que es una máquina.
Ningún adiós mejor que el de todos los días
a cada cosa, en cada instante, alta
la sangre iluminada.

Desamparada sangre, noche blanda,
tabaco del insomnio, triste cama.

Yo me voy a otra parte.
Y me llevo mi mano, que tanto escribe y habla.

LOS AMOROSOS

Los amorosos callan.
El amor es el silencio más fino,
el más tembloroso, el más insoportable.
Los amorosos buscan,
los amorosos son los que abandonan,
son los que cambian, los que olvidan.
Su corazón les dice que nunca han de encontrar,
no encuentran, buscan.

Los amorosos andan como locos
porque están solos, solos, solos,
entregándose, dándose a cada rato,
llorando porque no salvan al amor.
Les preocupa el amor. Los amorosos
viven al día, no pueden hacer más, no saben.
Siempre se están yendo,
siempre, hacia alguna parte.
Esperan,
no esperan nada, pero esperan.
Saben que nunca han de encontrar.
El amor es la prórroga perpetua,
siempre el paso siguiente, el otro, el otro.
Los amorosos son los insaciables,
los que siempre –¡qué bueno!– han de estar solos.

Los amorosos son la hidra del cuento.
Tienen serpientes en lugar de brazos.
Las venas del cuello se les hinchan
también como serpientes para asfixiarlos.
Los amorosos no pueden dormir
porque si se duermen se los comen los gusanos.

En la obscuridad abren los ojos
y les cae en ellos el espanto.

Encuentran alacranes bajo la sábana
y su cama flota como sobre un lago.

Los amorosos son locos, sólo locos,
sin Dios y sin diablo.

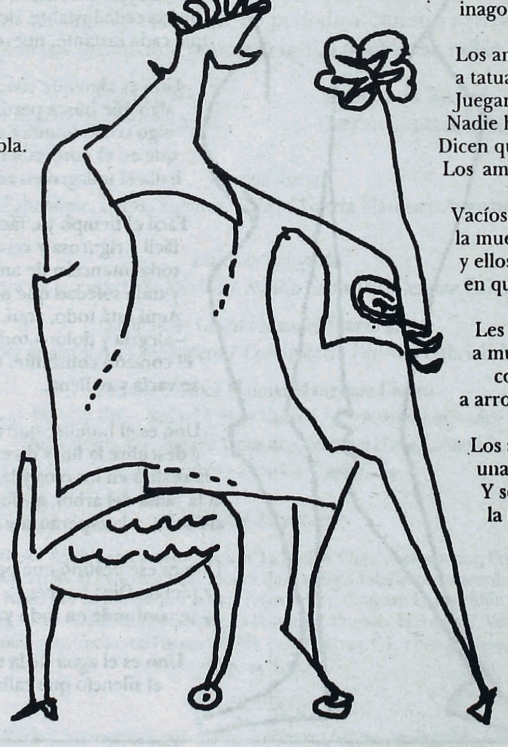
Los amorosos salen de sus cuevas
temblorosos, hambrientos,
a cazar fantasmas.
Se ríen de las gentes que lo saben todo,
de las que aman a perpetuidad, verídicamente,
de las que creen en el amor como en una lámpara de
inagotable aceite.

Los amorosos juegan a coger el agua,
a tatuar el humo, a no irse.
Juegan el largo, el triste juego del amor.
Nadie ha de resignarse.
Dicen que nadie ha de resignarse.
Los amorosos se avergüenzan de toda conformación.

Vacíos, pero vacíos de una a otra costilla,
la muerte les fermenta detrás de los ojos,
y ellos caminan, lloran hasta la madrugada
en que trenes y gallos se despiden dolorosamente.

Les llega a veces un olor a tierra recién nacida,
a mujeres que duermen con la mano en el sexo,
complacidas,
a arroyos de agua tierna y a cocinas.

Los amorosos se ponen a cantar entre labios
una canción no aprendida.
Y se van llorando, llorando
la hermosa vida.





ADÁN Y EVA

(1952)

I

—Estábamos en el paraíso. En el paraíso no ocurre nunca nada. No nos conocíamos. Eva, levántate.

—Tengo amor, sueño, hambre. ¿Amaneció?

—Es de día, pero aún hay estrellas. El sol viene de lejos hacia nosotros y empiezan a galopar los árboles. Escucha.

—Yo quiero morder tu quijada. Ven. Estoy desnuda, macerada, y huelo a ti.

Adán fue hacia ella y la tomó. Y parecía que los dos se habían metido en un río muy ancho, y que jugaban con el agua hasta el cuello, y reían, mientras pequeños peces equivocados les mordían las piernas.

II

La noche que fue ayer fue de la magia. En la noche hay tambores, y los animales duermen con el olfato abierto como un ojo. No hay nadie en el aire. Las hojas y las plumas se reúnen en las ramas, en el suelo, y alguien las mueve a veces, y callan. Trapos negros, voces negras, espesos y negros silencios, flotan, se arrastran, y la tierra se pone su rostro negro y hace gestos a las estrellas.

Cuando pasa el miedo junto a ellos, los corazones golpean fuerte, fuerte, y los ojos advierten que las cosas se mueven eternamente en su mismo lugar.

Nadie puede dar un paso en la noche. El que entra con los ojos abiertos en la espesura de la noche, se pierde, es asaltado por la sombra, y nunca se sabrá nada de él, como de aquellos que el mar ha recogido.

—Eva, le dijo Adán, despacio, no nos separemos.

III

—¿Has visto cómo crecen las plantas? Al lugar en que cae la semilla acude el agua: es el agua la que germina, sube al sol. Por el tronco, por las ramas, el agua asciende al aire, como cuando te quedas viendo el cielo del mediodía y tus ojos empiezan a evaporarse.

Las plantas crecen de un día a otro. Es la tierra la que crece; se hace blanda, verde, flexible. El terrón enmohecido, la costra de los viejos árboles, se desprende, regresa.

¿Lo has visto? Las plantas caminan en el tiempo, no de un lugar a otro: de una hora a otra hora. Esto puedes sentirlo cuando te extiendes sobre la tierra, boca arriba, y tu pelo penetra como un manojo de raíces, y toda tú eres un tronco caído.

—Yo quiero sembrar una semilla en el río, a ver si crece un árbol flotante para treparme a jugar. En su follaje se enredarían los peces, y sería un árbol de agua que iría a todas partes sin caerse nunca.

IV

—Ayer estuve observando a los animales y me puse a pensar en ti. Las hembras son más tersas, más suaves y más dañinas. Antes de entregarse maltratan al macho, o huyen, se defienden. ¿Por qué? Te he visto a ti también, como las palomas, enardeciéndote cuando yo estoy tranquilo. ¿Es que tu sangre y la mía se encienden a diferentes horas?

Ahora que estás dormida debías responderme. Tu respiración es tranquila y tienes el rostro desatado y los labios abiertos. Podrías decirlo todo sin aflicción, sin risas.

¿Es que somos distintos? ¿No te hicieron, pues, de mi costado, no me dueles?

Cuando estoy en ti, cuando me hago pequeño y me abrazas y me envuelves y te cierras como la flor con el insecto, sé algo, sabemos algo. La hembra es siempre más grande, de algún modo.

Nosotros nos salvamos de la muerte. ¿Por qué? Todas las noches nos salvamos. Quedamos juntos, en nuestros brazos, y yo empiezo a crecer como el día.

Algo he de andar buscando en ti, algo mío que tú eres y que no has de darme nunca.

¿Por qué nos separaron? Me haces falta para andar, para ver, como un tercer ojo, como otro pie que sólo yo sé que tuve.



VI

—El tronco estaba ardiendo cuando se fue la lluvia. El rayo lo venció y se introdujo en él. Ahora es un rayo manso. Lo tendremos aquí y le daremos de comer hojas y yerbas. Me gusta el fuego. Acércale tu mano poco a poco; te acaricia o te quema; puedes saber hasta dónde llega su amistad.

—A mí me gusta porque es rojo y azul y amarillo, y se mueve en el aire y no tiene forma, y cuando quiere dormir se esconde en la ceniza y vigila con ojitos rojos desde dentro. ¡Qué simpático! Luego se alza y empieza a buscar; si halla cerca una rama la devora. ¡Me gusta, me gusta! ¡Le cuidaré, no estorba, es tan humilde!

—Es orgulloso, pero es bueno. ¿Qué te pasa? Te has quedado...

—Nada.

—Tienes los ojos abiertos y estás dormida. ¿Me oyes? También se ha metido en ti. Lo veo en el fondo de tus ojos, como una culebra, enamorándote. Te quedas quieta mientras él te recorre ávidamente. Giras en torno al fuego sin moverte.

Fuego lento, preciso, árbol continuo, nos atraen tus hojas instantáneas, tu tronco permanente. Déjanos estar junto a ti, junto a tu amor hambriento. Creces aniquilando, medida de la destrucción, estatura hacia dentro, duración hacia atrás, tiempo invertido, muerte muriendo, nacimiento.

Déjanos estar en tus párpados incesantes, investigar contigo lo que buscas, luz en fuga perpetua, en ti, como tú misma, en nosotros.

X

Fuimos al mar. ¡Qué miedo tuve y qué alegría! Es un enorme animal inquieto. Golpea y sopla, se enfurece, se calma, siempre asusta. Parece que nos mirara desde dentro, desde lo hondo, con muchos ojos, con ojos iguales a los que tenemos en el corazón para mirar de lejos o en la obscuridad.

En un principio nos tiró varias veces. Después Adán se enfureció y se puso a dar de puñetazos a las olas. A mí me dio risa, me quedé en la playa mirando. Adán no podía. Al rato salió cansado, húmedo, y no dijo nada, y se durmió.

Entonces me puse a oír el mar. Ya iba obscureciendo. Suena igual que la noche, con un vasto, infinito silencio, con una honda voz. Se extiende su sonido obscuro y nos penetra por todas partes. Es un sonido de agua espesa, de agua que quiere levantarse como un animal herido.

De ahora en adelante viviremos a la orilla del mar. Aquí están a la misma altura el sol y el mar, a la misma profundidad las estrellas y los grandes peces.

Aprenderemos el mar. Él también tiene sus montañas y sus vastas llanuras, sus pájaros, sus minerales, y su vegetación unánime y difícil. Aprenderemos sus cambios, sus estaciones, su permanencia en el mundo como una enorme raíz, la raíz del árbol de agua que aprieta la tierra, el árbol inmenso que se extiende en el espacio hasta siempre.

El mar es bueno y terrible como mi padre. Yo le quiero decir padre mar. Padre mar, sosténme, engéndrame de nuevo en tu corazón. Hazme incorruptible, receptora del mundo, purificadora a pesar.

XI

Me duele el cuerpo, me arden los ojos, parece que estuviera quemándome. Mi agua está hirviendo dentro de mí. Y un viento frío bajo mi piel anda aprisa, frío, y termina empujándome la quijada hacia arriba con golpes menudos e incesantes.

Estoy ardiendo, no puedo ni moverme. Estoy débil, con dolor, con miedo. Eva no ha dormido, está asustada, me ha puesto hojas en la frente. Cuando me puse a hablar anoche se me echó encima y se restregó conmigo y quería callarme. Así se estuvo y tenía los ojos mojados como mi espalda. Le dije que sus ojos también me dolían y ella los cerró contra mi boca.

Ahora tengo sed. Estoy golpeado y seco. Me duele. Tengo la cabeza podrida. No hay una parte mía que no esté peleando con otra. Quiero cerrar mis manos. ¡Qué diferente de mí es todo esto!

Esto es ser otro, otro Adán. Está pasando a través de mí y me duele.

Me gustaría estar rodeado de piedras calientes.

El otro día me gustó un árbol, lo derribé. Caía con ruido quebrándose, cayéndose. Así estoy sonando, así, hacia abajo, apretado, derrumbado, sonando.

XII

Es una enorme piedra negra, más dura que las otras, caliente. Parece una madriguera de rayos. Tumbó varios árboles y sacudió la tierra. Es de esas que hemos visto caer lejos, iluminadas. Se desprenden del cielo como las naranjas maduras y son veloces y duran más en los ojos que en el aire. Todavía tiene el color frío del cielo y está raspada, ardiendo.

—Me gusta verlas caer tan rápidas, más rápidas que los pájaros que tiras. Allá arriba ha de haber un lugar donde mueren y de donde caen. Algunas han de estar cayendo siempre; parece que se van muy lejos, ¿a dónde?

—Ésta vino aquí. Pero la llevaré a otro sitio. La voy a echar rodando hasta los bambúes, los va a hacer tronar. Quiero que se enfríe para abrirla.

—¡Abrirla! ¿Qué tal si sale una bandada de estrellas, si se nos van? Han de salir con ruido, como las codornices.

XIII

Eva ya no está. De un momento a otro dejó de hablar. Se quedó quieta y dura. En un principio pensé que dormía. Más tarde la toqué y no tenía calor. La moví, le hablé. La dejé allí tirada.

Pasaron varios días y no se levantó. Empezó a oler mal. Se estaba pudriendo como la fruta, y tenía moscas y hormigas. Estaba muy fea.

La arrastré afuera y le puse bastante paja encima. Diariamente iba a ver cómo estaba, hasta que me cansé y la llevé más lejos. Nunca volvió a hablar. Era como una rama seca.

No sirve para nada, no hace nada. Poco a poco se la come la tierra. Allí está.

Se la come el sol. No me gusta. No se levanta, no habla, no retoña.

Yo la he estado mirando. Es inútil. Cada vez es menos, pesa menos, se acaba.

XIV

Ah, tú, guardadora del mundo, dormida, preñada de la muerte, quieta. ¡Qué inútil es hablarte, hablarme!

Hombre solo soy, quedé. Quedé manco, podado; a mi mitad quedé.

Aquí me muero. Porque los ojos de la muerte me han visto y giran alrededor cazándome, llevándome. Aquí me callo. De aquí no me muevo.

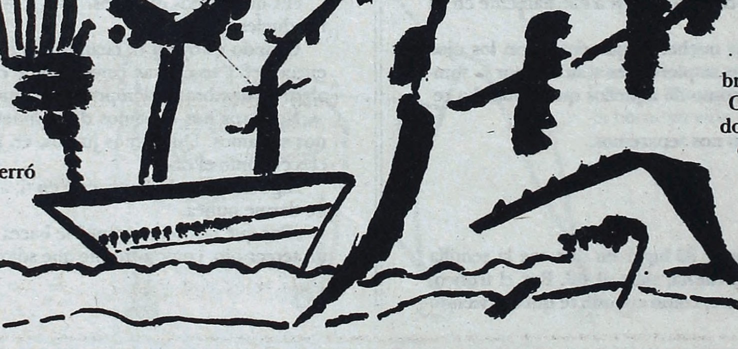
XV

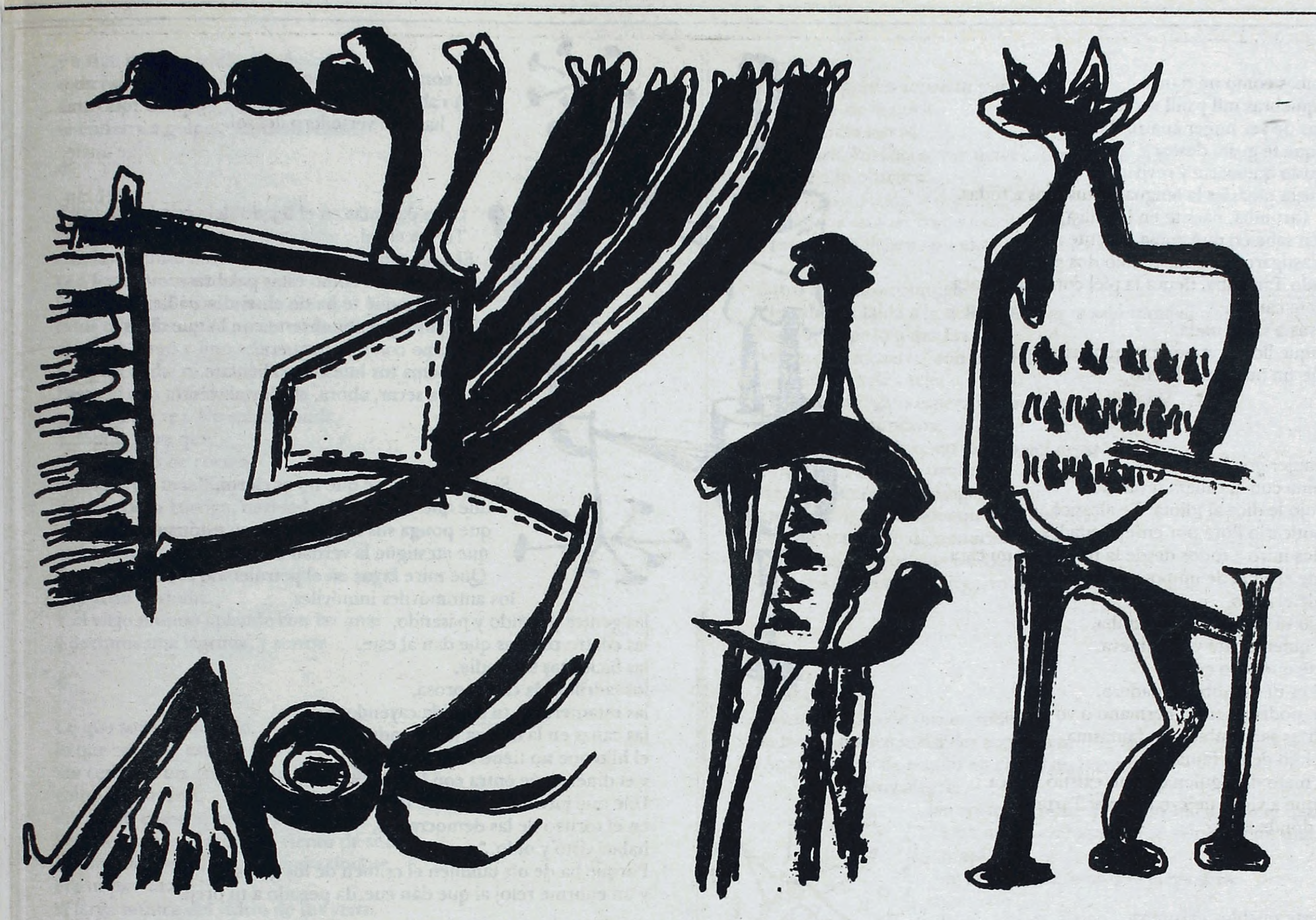
Bajo mis manos crece, dulce, todas las noches. Tu vientre manso, suave, infinito. Bajo mis manos que pasan y repasan midiéndolo, besándolo; bajo mis ojos que lo quedan viendo toda la noche.

Me doy cuenta de que tus pechos crecen también, llenos de ti, redondos y cayendo. Tú tienes algo. Ríes, miras distinto, lejos.

Mi hijo te está haciendo más dulce, te hace frágil. Suenas como la pata de la paloma al quebrarse.

Guardadora, te amparo contra todos los fantasmas; te abrazo para que madures en paz.





TARUMBA
(1956)

Sálvanos, oh Dios, salud nuestra:
Júntanos y líbranos de las gentes...
CRÓNICAS, 16, 35

...porque ha salido el rey de Israel a buscar una pulga, así como quien persigue una perdiz por los montes.
SAMUEL, 26, 20

Al general Francisco J. Grajales. D. D. C.

PRÓLOGO

Estamos haciendo un libro,
testimonio de lo que no decimos.
Reunimos nuestro tiempo, nuestros dolores,
nuestros ojos, las manos que tuvimos,
los corazones que ensayamos;
nos traemos al libro,
y quedamos, no obstante,
más grandes y más miserables que el libro.
El lamento no es el dolor.
El canto no es el pájaro.
El libro no soy yo, ni es mi hijo,
ni es la sombra de mi hijo.
El libro es sólo el tiempo,
un tiempo mío entre todos mis tiempos,
un grano en la mazorca,
un pedazo de hidra.

◆

Tarumba.
Yo voy con las hormigas
entre las patas de las moscas.
Yo voy con el suelo, por el viento,
en los zapatos de los hombres,
en las pezuñas, las hojas, los papeles;
voy a donde vas, Tarumba,
de donde vienes, vengo.
Conozco a la araña.
Sé eso que tú sabes de ti mismo
y lo que supo tu padre.
Sé lo que me has dicho de mí.
Tengo miedo de no saber,
de estar aquí como mi abuela
mirando la pared, bien muerta.
Quiero ir a orinar a la luz de la luna.
Tarumba, parece que va a llover.

◆

A la casa del día entran gentes y cosas,
yerbas de mal olor,
caballos desvelados,
aires con música,
maniquíes iguales a muchachas;
entramos tú, Tarumba, y yo.
Entra la danza. Entra el sol.
Un agente de seguros de vida
y un poeta.
Un policía.
Todos vamos a vendernos, Tarumba.

◆

Ay, Tarumba, tú ya conoces el deseo.
Te jala, te arrastra, te deshace.

Zumbas como un panal.
Te quiebras mil y mil veces.
Dejas de ver mujer cuatro días
porque te gusta desear,
te gusta quemarte y revivirte,
te gusta pasarles la lengua de tus ojos a todas.
Tú, Tarumba, naciste en la saliva,
quién sabe en qué goma caliente naciste.
Te castigaron con darte sólo dos manos.
Salado Tarumba, tienes la piel como una boca
y no te cansas.
No vas a sacar nada.
Aunque llores, aunque te quedes quieto
como un buen muchacho.

◆

La mujer gorda, Tarumba,
camina con la cabeza levantada.
El cojo le dice al idiota: Te alcancé.
El boticario llora por enfermedades.
Yo los miro a todos desde la puerta de mi casa,
desde el agua de un pozo,
desde el cielo,
y sólo tú me gustas, Tarumba,
que quieres café y que llueva.
No sé qué cosa eres,
cuál es tu nombre verdadero,
pero podrías ser mi hermano o yo mismo.
Podrías ser también un fantasma,
o el hijo de un fantasma,
o el nieto de alguien que no existió nunca.
Porque a veces quiero decirte: Tarumba,
¿en dónde estás?

◆

En este pueblo, Tarumba,
miro a todas las gentes todos los días.
Somos una familia de grillos.
Me canso.
Todo lo sé, lo adivino, lo siento.
Conozco los matrimonios, los adulterios,
las muertes.
Sé cuándo el poeta grillo quiere cantar,
cuándo bajan los zopilotes al mercado,
cuándo me voy a morir yo.
Sé quiénes, a qué horas, cómo lo hacen,
curarse en las cantinas,
besarse en los cines,
menstruar,
llorar, dormir, lavarse las manos.
Lo único que no sé es cuándo nos iremos,
Tarumba, por un subterráneo,
al mar.

◆

A caballo, Tarumba,
hay que montar a caballo
para recorrer este país,
para conocer a tu mujer,
para desear a la que deseas,
para abrir el hoyo de tu muerte,
para levantar tu resurrección.
A caballo tus ojos,
el salmo de tus ojos,
el sueño de tus piernas cansadas.
A caballo en el territorio de la malaria,
tiempo enfermo,
hembra caliente,
risa a gotas.
A donde llegan noticias de vírgenes,
periódicos con santos,
y telegramas de corazones deportivos como una bandera.
A caballo, Tarumba, sobre el río,
sobre la laja de agua, la vigilia,
la hoja frágil del sueño
(cuando tus manos se despiertan con nalgas),
y el vidrio de la muerte en el que miras
tu corazón pequeño.
A caballo, Tarumba,
hasta el vertedero del sol.

◆

Oigo palomas en el tejado del vecino.
Tú ves el sol.
El agua amanece,
y todo es raro como estas palabras.
¿Para qué te ha de entender nadie, Tarumba?,
¿para qué alumbrarte con lo que dices
como con una hoguera?
Quema tus huesos y caliéntate.
Ponte a secar, ahora, al sol y al viento.

◆

Si alguien te dice que no es cierto,
dile que venga,
que ponga sus manos sobre su estómago y jure,
que atestigüe la verdad de todo.
Que mire la luz en el petróleo de la calle,
los automóviles inmóviles,
las gentes pasando y pasando,
las cuatro puertas que dan al este,
las bicicletas sin nadie,
los ladrillos, la cal amorosa,
las estanterías a tu espalda cayéndose,
las canas en la cabeza de tu padre,
el hijo que no tiene tu mujer,
y el dinero que entra con la boca llena de mierda.
Dile que jure en el nombre de Dios invicto
en el torneo de las democracias,
haber visto y oído.
Porque ha de oír también el crimen de los gatos
y un enorme reloj al que dan cuerda pegado a tu oreja.

◆

¿Qué putas puedo hacer con mi rodilla,
con mi pierna tan larga y tan flaca,
con mis brazos, con mi lengua,
con mis flacos ojos?
¿Qué puedo hacer en este remolino
de imbéciles de buena voluntad?
¿Qué puedo con inteligentes podridos
y con dulces niñas que no quieren hombre sino poesía?
¿Qué puedo entre los poetas uniformados
por la academia o por el comunismo?
¿Qué, entre vendedores o políticos
o pastores de almas?
¿Qué putas puedo hacer, Tarumba,
si no soy santo, ni héroe, ni bandido,
ni adorador del arte,
ni boticario,
ni rebelde?
¿Qué puedo hacer si puedo hacerlo todo
y no tengo ganas sino de mirar y mirar?

◆

Sobre los ojos, sobre el lomo, cae
como una bestia lenta,
pesa,
respira el agua,
se extiende en la cara de las cosas,
agobia.
Nace en el corazón del aire
y envejece en el tiempo,
tesoro de las piedras,
riñón del árbol,
casa de los ancianos,
trompeta de la muerte.
Animal disperso,
se congrega bajo el sol,
abre la tierra, chupa,
despelleja los ríos,
espanta a las hormigas,
duerme al gato,

y a ti te hace un nudo de víbora
o un huevo aplastado.
Este calor benigno, reparador del mundo,
te entierra a golpes, Tarumba-clavo.

◆

Estos días, iguales a otros días de otros años,
con gentes iguales a otras gentes,
con las mismas horas y los mismos muertos,
con los mismos deseos,
con inquietud igual a la de antes;
estos días, Tarumba, te abren los ojos,
el viento largo y fino te levanta.
No pasa nada, ni estás solo.
Pasas tú con el frío desvelado
y pasas otra vez. No sabes dónde,
a dónde, para qué.
Oyes recetas de cocina,
voceadores, maullidos.
¡Fiestas de la barriga, navidad, año nuevo,
qué alegres estamos,
qué buenos somos!
Tú, Tarumba, te pones tus alas de ángel
y yo toco el violín.
Y el viejo mundo aplaude con las uñas
y derrama una lágrima, y sonríe.

◆

Lo que soñaste anoche,
lo que quieres, está
tan cerca de tus manos, tan imposible
como tu corazón,
tan difícil como apretar tu corazón.
Lo que anoche, Tarumba, viento de sueño,
sombra de sueño, creció arrebatándote,
era tu paz, era
la larga música del vidrio de tus venas.

Ahora tienes el rostro como un espejo quebrado.
De araña a araña vas, como una mosca,
de día a día zumbas, cabeza de mil ojos,
mano con pelo, bocabierta, tarugo.
No creces nada,
ni siquiera naces.
Chupas de la botella de la muerte
y me dices ¡salud! entre hipo e hipo.

◆

Quién sabe en qué rincón del trago,
a qué horas, pensaste
que la vida era maravillosa.
Te pusiste tu cara de idiota
y te alegraste.
Sentiste que ibas a ser papá.
Amaste lo elemental. Hablaste
a las piedras, y sacaste del bolsillo
el resplandor de santo con que te ves tan bien.
Todos dijeron: ¡A un lado!
y pasaste en silencio, sobre la adoración.

Desde esa vez andas de mal humor.
Te molestan las gentes
y aún dentro del sueño
no miras nada.
Adelgazas como el viento
y oyes voces con el corazón.
Eres, casi, tu estatua.
¡Alabado sea Dios!

◆

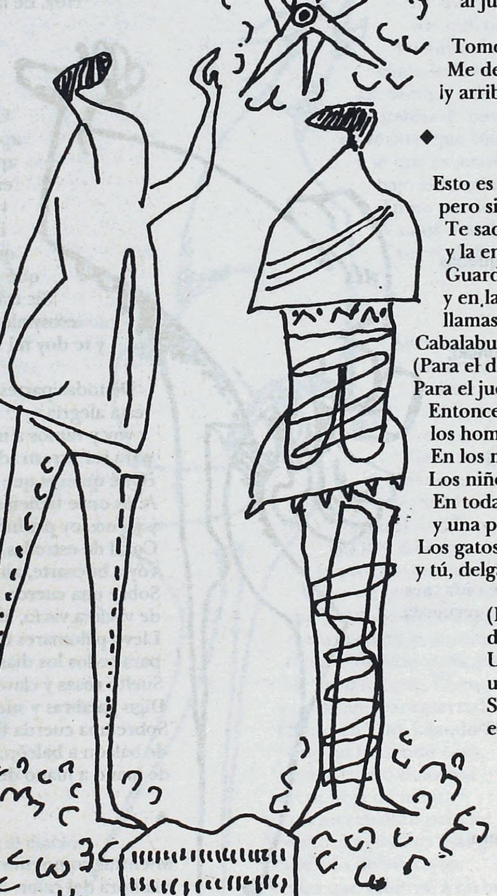
Te puse una cabeza sobre el hombro
y empezó a reír;
una bombilla eléctrica,
y se encendió.
Te puse una cebolla
y se arrimó un conejo.
Te puse mi mano
y estallaste.
Di cuatro golpes sobre tu puerta
a las doce de la noche
con el anillo lunar,
y me abrió la sábana que tiene cuerpo de mujer,
y entré a lo obscuro.

En el agua estabas como una serpiente
y tus ojos brillaban con el verde que les corresponde a
esas horas.
Entró el viento conmigo
y le subió la falda a la delicia, que se quedó inmóvil.
El reloj empezó a dar la una
de cuarto en cuarto, con una vela en la mano.
La araña abuelita tejía
y la novia del gato esperaba a su novio.
Afuera, Dios roncaba.
Y su vara de justicia, en manos del miedo ladrón,
dirigía un vals en la orquesta.
Me soplaste en el ombligo
y me hinché y ascendí entre los ángeles.
Pero tuve tiempo de ponerme la camisita
y los zapatitos con que me bautizaron.
Tú quedaste como un cigarro ardiendo en el suelo.

◆

¡Aleluya!
¿Qué pasa?
Hay una escala de oro invisible
en la que manos invisibles ascienden.
Llevo una flor de estaño en el ojal de la camisa.
Estoy alegre.
Me corto un brazo y lo dejo señalando el camino.
Una mujer embarazada se sienta sobre una silla
y aplaude
al jugador de tenis que juega solo.

Tomo el café del sábado.
Me destapo los ojos de un balazo
¡y arriba!



◆

Esto es difícil
pero si pones atención aprenderás a hacerlo.
Te sacas la lengua poco a poco
y la enrollas en el carrete de hilo negro.
Guardas tus ojos en un barril de vino
y en la bodega, junto a los estantes,
llamas a Dios tres veces:
Cabalabula-bulacábala-bulabo.
(Para el domingo: domincus-eructur-mintus.
Para el jueves: Jovis-jorovis-multilovis.)
Entonces, sobre la tierra,
los hombres empiezan a volar como los ángeles.
En los mercados venden la felicidad.
Los niños son los jueces.
En todas las esquinas hay una caja de música
y una pila de agua.
Los gatos pasean del brazo a las ancianas ratas
y tú, delgado como una sonrisa, sueñas.

(Paréntesis: el antiguo mirar
de una mujer de negro.
Una mujer antigua,
un negro sin tiempo.
Sonata en tiempo negro
escrita para mujer desvestida de negro.)

Esto se echó a perder, Tarumba.

◆

La primera lluvia del año moja las calles,
abre el aire,
humedece mi sangre.
¡Me siento tan a gusto y tan triste, Tarumba,
viendo caer el agua desde quién sabe,
sobre tantos y tanto!

Ayúdame a mirar sin llorar,
ayúdame a llover yo mismo sobre mi corazón
para que crezca como la planta del chayote
o como la yerbabuena.
¡Amo tanto la luz adolescente
de esta mañana
y su tierna humedad!
¡Ayúdame, Tarumba, a no morirme,
a que el viento no desate mis hojas
ni me arranque de esta tierra alegre!

◆

Amanece la sangre doliéndome
y el cigarro amargo.
La herida de los ojos abierta para el alcohol del sol.
Y una fatiga, un cansancio, un remordimiento de estar vivo.
¿A quién le hago el juego, Tarumba?

(Perdóname. Tú sabes que digo estas cosas por decir algo.
Es un remordimiento de estar muerto.)

Mi mujer y mi hijo esperan allí fuera,
y yo me quejo.
Voy a comprar unas frutas para los tres;
me gusta ver que mi hijo brinca en el vientre de su madre
al olor remoto de los mangos.

(Cuando nazca mi hijo, Tarumba, tú le vas a enseñar
los árboles y los caballos.)

◆

Miras pasar, Tarumba, el río del mundo,
las cabezas, los brazos,
los escorzos, las bocas.
Miras pasar a los amantes separados
y a los sabios del odio,
los dueños de la soledad,
nadando en gritos,
ahogándose en la espuma de su sangre.
En el fondo, piedritas y raíces
sopla el agua y arrastra.
¿Me miras?, ¿me reconoces?, ¿me descifras?
Yo puedo, Tarumba, ser un pulpo,
una araña del agua,
o una burbuja.
Puedo ser una hormiga.
O puedo ser un ojo grande con dos patas pequeñas
y una cola.
Trabajo has de tener para encontrarme,
pero si le pisas el callo a un ángel, yo grito,
y si molestas al lagarto con prédicas de buena voluntad,
te daré un colazo.
Pertenezco a la clase de los anfibios,
de los que pueden vivir también del aire.
¿No ves mi corazón, vejiga inflada,
y mis ojos, hinchados, que se me salen?

◆

Quebrado como un plato
quebrado de deseos, de nostalgias, de sueños.
Yo soy este que quiere a fulana el día trece de cada mes
y este que llora por la otra y la otra cuando las recuerda.
¡Qué deseo de hembras maduras
y de mujeres tiernas!
Mi brazo derecho quiere una cintura
y mi brazo izquierdo una cabeza.
Mi boca quiere morder y besar y secar lágrimas.
Voy del placer a la ternura
en la casa del loco,
y enciendo veladoras
y quemo mis dedos como copal
y canto con el pecho una ronca canción obscura.
Estoy perdido y quebrado
y no tengo nada ni a nadie,
ni puedo hablar, ni sirve.
Sólo puedo moverme
mientras me cae la ceniza
y me caen piedras y sombras.

◆

Va a ser varón porque la madre tiene el vientre pronunciado
hacia delante. Este es un signo inconfundible.
Me lo han dicho cinco comadronas de larga experiencia.
Va a ser varón porque se mueve del lado derecho
y porque no da sueño.
Va a ser varón porque el abuelo lo quiere,
y el tío lo quiere, y yo, el padre, lo quiero.
¡Tiene que ser varón!

¿Y por qué varón?
¡Tarumba!

◆

Solamente de vez en cuando, o a diario,
pensándolo, o cuando menos lo pienso,
detrás de mí y en medio y por delante,
estoy arruinado, contrito, tapándome
con una manta el corazón
y mis muelas.
Me cae la flor de la bugambilia
y me cae el viento
y me cae mi madre
—y mi padre, y mi mujer y mi hijo—
y me levanto con el nombre ajado
y recojo mi lengua llena de hormigas.
Vivo bien.
No tengo queja de nada ni de nadie.
Sólo que a veces, cuando viene el agua
me mojo a media calle
y cada día me parezco más a un poste.
Alguien me va a decir alguna cosa,
la va a sacar de algún costal de mentiras,
y desde entonces voy a ser feliz y triste.
Hoy, de ladrón no paso,
ni paso de vivo.

◆

Corriendo de una antorcha a otra,
apagando los montes,
apagando la obscuridad que reza como una bruja
en los hoyos,
y sacando del pelo a los fantasmas de las casas solas,
¡mírame, Tarumba, qué ágil,
qué robusta tuberculosis,
qué guadaña manejo en tu nombre!
Sic tránsit, agente de la roña,
estoy alegre como a veces
y te doy mi mano encendida.

De todas partes de mi cuerpo viene
esta alegría,
y voy y vamos a mi boca, al tiempo,
para ser arrastrados.
¿Qué quieres que haga para no reírme?
A las once tienen sueño las moscas
y yo no soy profundo mucho tiempo.
Coral de estrellas, luna redonda,
voy a bucearte, aire, mientras me duermo.
Sobre una cuerda floja,
de vacío a vacío, allí ando.
Llevo palomares en el corazón
para todos los días.
Suelto rosas y clavos.
Digo palabras y sueños.
Sobre una cuerda floja,
de balcón a balcón,
de mano a mano de lo innombrable.

◆

Mientras como un rábano y tomo una cerveza
a la hora del calor, me acuerdo
del sueño de anoche.
Siento un bienestar erudito en la lengua
de la sal y del beso.
¡Con qué suavidad la unté sobre mi cuerpo!

¡Con qué yodo de amor la quise!
La tengo todavía, penetrada,
sola de mí, perfecta,
hecha para mis brazos y mi boca.
Con el calor, a solas, la recuerda mi vientre,
más fiel que mi corazón, y la desea.
El dulce viento me despierta en las ingles
su contacto, su aroma, su innumerable amor.

◆

¡Qué alegría del cuerpo liberado, Tarumba,
en el amanecer después de la lluvia,
con el manso estar del aire penetrándote
y a la mano de tus ojos el cerro con nubes!

Gozosa piel, hora temprana,
luz tierna sonando como una campana.

Antes de que salga el sol criminal
vamos a correr por el pastizal,
vamos a mojarnos las piernas, los brazos,
la boca, los pájaros,
y a dejar el sueño sobre la maleza
con ojos abiertos como una cabeza.

Vámonos, Tarumba, antes de que brote
el chorro del sol guajolote
y queme las hojas y chupe y reseque
la tierra y el alma al téquerreteque.

Yo llevo a mi hijo, tú llevas un gallo
atado a la cola de un rayo;
jugamos los cuatro, mientras la neblina
se roba la sombra como a una sobrina,
y, el barro en las piernas haciendo de bota,
tiramos la risa como una pelota.

Un árbol se acerca, un río se calla,
y dice un conejo: ¡malhaya!
Y un burro de palo rebuzna y cocea
en medio de todos untado de brea.

¡El monte, la lluvia, la paja,
el cielo que sube y que baja!
¡La sangre caliente, la boca repleta,
y el mundo sonando como una trompeta!

◆

Después de leer tantas páginas que el tiempo escribe con mi mano,
quedo triste, Tarumba, de no haber dicho más,
quedo triste de ser tan pequeño
y quedo triste y colérico de no estar solo.
Me quejo de estar todo el día en manos de las gentes,
me duele que se me echen encima y me aplasten
y no me dejen siquiera saber dónde tengo los brazos,
o mirar si mis piernas están completas.
"Abandona a tu padre y a tu madre"
y a tu mujer y a tu hijo y a tu hermano
y métete en el costal de tus huesos
y échate a rodar, si quieres ser poeta.
Que no te esclavicen ni tu ombligo ni tu sangre,
ni el bien ni el mal,
ni el amor consuetudinario.
Tienes que ser actor de todas las cosas.
Tienes que romperte la cabeza diariamente
sobre la piedra, para que brote el agua.
Después quedarás tirado a un lado
como un saco vacío
(guante de cuero que la mano de la poesía usó),
pero también quedarías tirado por nada.

Yo me quejo, Tarumba, de estar sirviendo a la poesía y al diablo.
Y a veces soy como mi hijo, que se orina en la cama,
y no puede moverse, y llora.

◆

Sólo en sueños,
sólo en el otro mundo del sueño te consigo,
a ciertas horas, cuando cierro las puertas
detrás de mí.
¡Con qué desprecio he visto a los que sueñan,
y ahora estoy preso en su sortilegio,
atrapado en su red!
¡Con qué morboso deleite te introduzco
en la casa abandonada, y te amo mil veces
de la misma manera distinta!
Esos sitios que tú y yo conocemos
nos esperan todas las noches como una vieja cama
y hay cosas en lo obscuro que nos sonríen.
Me gusta decirte lo de siempre
y mis manos adoran tu pelo
y te estrecho, poco a poco, hasta mi sangre.
Pequeña y dulce, te abrazas a mi abrazo,
y con mi boca en tu boca, te busco y te busco.
A veces lo recuerdo. A veces
sólo el cuerpo cansado me lo dice.
Al duro amanecer estás desvaneciéndote
y entre mis brazos sólo queda tu sombra.

◆

¡En qué pausado vértigo te encuentras,
qué sombras bebes en qué sonoros vasos!
¡Con qué manos de hule estás diciendo adiós
y qué desdentada sonrisa echas por delante!
Te miro poco a poco tratando de quererte
pero estás mojado de alcohol
y escupes en la manga de tu camisa
y los pequeños vidrios de tus ojos se caen.
¿A dónde vas, hermano?
¿De qué vergüenza huyes?,
¿de qué muerte te escondes?
Yo miro al niño que fuiste,
cómo lo llevas de la mano
de cantina a cantina, de un hambre a otra.
Me hablas de cosas que sólo tu madrugada conoce,
de formas que sólo tu sueño ha visto,
y sé que estamos lejos, cada uno en el lugar de su miseria
bajo la misma lluvia de esta tarde.
Tú no puedes flotar, pero yo hundirme.
Vamos a andar del brazo, como dos topos amarillos,
a ver si el dios de los subterráneos nos conduce.

◆

Ahí viene un galope subterráneo,
viene un mar rompiendo,
viene un ventarrón de Marte.
(Alguien ha de explicarme
por qué no suceden tantas cosas.)
Viene un golpe de sangre
desde mis pies de barro,
vienen canas en busca de mi edad,
tablas flotando para mi ataúd.
(El Rey de Reyes come un elote, espera,
se prueba unas sandalias de hoja de plátano.)
Viene mi abuelita Chus,
que cumplió trece desaños,
trece años en la muerte,
trece años para atrás, para lo hondo.
Me visitan Tony, Chente, mi tía Chofi,
y otros amigos enterrados.
Pienso en Tito, jalando de la manga a su muerte
y ésta no haciendo caso.
Viene Chayito dolorosa
con su hoja de menta
y con un caballito para mi hijo.
Y viene el aguacero más grande de todos los tiempos
y el miedo de los rayos,
y tengo que subirme a un arca transformado en buey
para la vida dichosa que nos espera.

◆

Cabalabula nuevamente.
Algo tiene que decirse a estas horas.
Voy en busca de pan.
Voy a ganar dinero.
Voy buscando un lugar donde caerme muerto.
Traigo la canasta del mercado
con verduras y carne
y una bolsa de arroz y un manojito de flores silvestres,
pero vengo pensando en mi marido que no llegó a dormir anoche.

Yo voy a la escuela
con mi cuaderno sin tareas.
Yo estoy de paso y nomás miro.
Y este mezquino dolor en la cabeza
metiéndose como un ratón en su agujero.
¿En dónde estará?, ¿qué estará haciendo?
Me muero de mujer a estas horas.
Cabalabula, Tarumba.
En mi vida de perro camino pegado a la pared.
El viento se tuesta la espalda al sol.
Con la mano más larga de las que tengo
me busco, husmeo mi cráneo en el cajón de la basura.

◆

En medio de los remolinos, Tarumba,
quisiera escribir mi testamento:
te dejo a ti la virtud que no tengo,
a ti mi cabellera,
a ti mi primer libro,
a ti mis uñas.
Estoy tan definitivamente ahíto,
tan envenenado, tan podrido,
tan cayéndome en costras,
que no quiero ya un pedazo de esta vida feliz
ni un trozo de eternidad para roer.
En medio de estos remolinos otra vez,
sacudido de cóleras inútiles,
hundido en el estiércol inefable,
minuciosamente asesinado,
me acuesto a las seis de la tarde pensando en las horas que vienen.
Oigo una gota, tomo un trago,
pienso en el cadáver que haría,
me estiro.
¿Qué testamento escribiré algún día?
No te dejo nada.
Te dejo nada más mi entierro.

◆

Quiero que me socorras, Señor, de tanta sombra
que me rodea, de tanta hora que me asfixia.
Quiero que me socorras. Nadie, de esta intranquila
supervivencia, de esta sobremuerte agotadora.
Quiero que me hundas, Padre, de una vez para siempre
en tu caldera de aceite.
Quiero, hijo, que me entierres, bajo piedra y lodo,
y una plancha de acero, sin un árbol.
Quiero que tòdos griten por mí,
quiero que me acompañen y me auxilien
antes de caerme a mis pies.
(Sobre mis zapatos me voy a caer
como si me quitara el traje.)

Quiero que tu divina presencia, Comecaca,
apuntale mi espíritu eterno.
Quiero que el coro de las estrellas
cacofónicas truene.

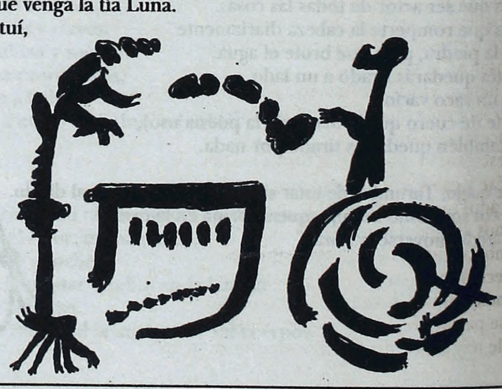
Quiero que el viento me recorra de norte a sur,
de este a siempre.
Quiero crecer como una piedra regada todas las mañanas
por el jardinero del sol.

◆

Le vendí al diablo,
le vendí a la costumbre,
le vendí al amor consuetudinario,
mi riñón, mi corazón, mis hígados.
Se los vendí por una pomada para los callos,
y por el gusto,
y por sentirme bien.
Nadie, desde hoy, podrá decirme
poeta vendido.
Nadie podrá escarbar y jalarme los huesos.
Estoy en la República de China Popular.
Le curo las almorranas a Neruda,
escupo a Franco.
(Nadie podrá decir que no estoy en mi tiempo.)
Detrás del mostrador soy el héroe del día.
Yo soy la resistencia. Oídme.
Soporto el hundimiento.
Desde el balcón nocturno miro al sol.
Desde la empalizada submarina.

◆

Duérmete, mi niño, con calentura,
con dolor de cabeza,
estírate.
Duérmete con todo el cuerpo, niño,
envidia de los ángeles,
hijito enfermo.
Duérmete sin el grillo,
sin la aguja,
sin hambre.
Duérmete hasta mañana.
Duérmete, duérmete.
Vámonos a dormir,
a dormirnos.
El tubo de la noche, estírate.
Que se diga que Julio se duerme.
(Porque en la noche viene Tará
y te quita la enfermedad.
Luego encendemos el sol
con un cerillo de alcohol.)
Pero duérmete mi niño,
mi pedacito, a dormir,
a dormirse ya.
(Don Julito el fanfarrón,
don Julito es un fregón.)
Voy a sacudir tu cama:
que no tenga calentura
ni dolor de barriga
ni pulgas.
Aquí pongo este letrero
contra los mosquitos:
que nadie moleste a mi hijo.
Vamos a cantar:
tararí, tatá.
El viejito cojo
se duerme con sólo un ojo.
El viejito manco
duerme trepado en un zanco.
Tararí, totó.
No me diga nada usted:
se empieza a dormir mi pie.
Voy a subirlo a mi cuna
antes que venga la tía Luna.
Tararí, tuí,
tuí.





ALGO SOBRE LA MUERTE DEL MAYOR SABINES

(1973)

PRIMERA PARTE

I

Déjame reposar,
aflojar los músculos del corazón
y poner a dormitar el alma
para poder hablar,
para poder recordar estos días,
los más largos del tiempo.

Convalecemos de la angustia apenas
y estamos débiles, asustadizos,
despertando dos o tres veces de nuestro escaso sueño
para verte en la noche y saber que respiras.
Necesitamos despertar para estar más despiertos
en esta pesadilla llena de gentes y de ruidos.

Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,
por eso es que este hachazo nos sacude.
Nunca frente a tu muerte nos paramos
a pensar en la muerte,
ni te hemos visto nunca sino como la fuerza y la alegría.
No lo sabemos bien, pero de pronto llega
un incesante aviso,
una escapada espada de la boca de Dios
que cae y cae y cae lentamente.
Y he aquí que temblamos de miedo,
que nos ahoga el llanto contenido,
que nos aprieta la garganta el miedo.
Nos echamos a andar y no paramos
de andar jamás, después de medianoche,
en ese pasillo del sanatorio silencioso
donde hay una enfermera despierta de ángel.

Esperar que murieras era morir despacio,
estar goteando del tubo de la muerte,
morir poco, a pedazos.

No ha habido hora más larga que cuando no dormías,
ni túnel más espeso de horror y de miseria
que el que llenaban tus lamentos,
tu pobre cuerpo herido.

II

Del mar, también del mar,
de la tela del mar que nos envuelve,
de los golpes del mar y de su boca,
de su vagina obscura,
de su vómito,
de su pureza tétrica y profunda,
vienen la muerte, Dios, el aguacero
golpeando las persianas,
la noche, el viento.

De la tierra también,
de las raíces agudas de las casas,
del pie desnudo y sangrante de los árboles,
de algunas rocas viejas que no pueden moverse,
de lamentables charcos, ataúdes del agua,
de troncos derribados en que ahora duerme el rayo,
y de la yerba, que es la sombra de las ramas del cielo,
viene Dios, el manco de cien manos,
ciego de tantos ojos,
dulcísimo, impotente.
(Omniausente, lleno de amor,
el viejo sordo, sin hijos,
derrama su corazón en la copa de su vientre.)

De los huesos también,
de la sal más entera de la sangre,
del ácido más fiel,
del alma más profunda y verdadera,
del alimento más entusiasmado,
del hígado y del llanto,
viene el oleaje tenso de la muerte,
el frío sudor de la esperanza,
y viene Dios riendo.

Caminan los libros a la hoguera.
Se levanta el telón: aparece el mar.

(Yo no soy el autor del mar.)

III

Siete caídas sufrió el elote de mi mano
antes de que mi hambre lo encontrara,
siete veces mil veces he muerto
y estoy risueño como en el primer día.
Nadie dirá: no supo de la vida
más que los bueyes, ni menos que las golondrinas.
Yo siempre he sido el hombre, amigo fiel del perro,
hijo de Dios desmemoriado,
hermano del viento.
¡A la chingada las lágrimas!, dije,
y me puse a llorar
como se ponen a parir.
Estoy descalzo, me gusta pisar el agua y las piedras,
las mujeres, el tiempo,
me gusta pisar la yerba que crecerá sobre mi tumba
(si es que tengo una tumba algún día).
Me gusta mi rosal de cera
en el jardín que la noche visita.
Me gustan mis abuelos de totomoste
y me gustan mis zapatos vacíos
esperándome como el día de mañana.
¡A la chingada la muerte!, dije,
sombra de mi sueño,
perversión de los ángeles,
y me entregué a morir
como una piedra al río,
como un disparo al vuelo de los pájaros.

IV

Vamos a hablar del Príncipe Cáncer,
Señor de los Pulmones, Varón de la Próstata,
que se divierte arrojando dardos
a los ovarios tersos, a las vaginas mustias,
a las ingles multitudinarias.

Mi padre tiene el ganglio más hermoso del cáncer
en la raíz del cuello, sobre la subclavia,
tubérculo del bueno de Dios,
ampolleta de la buena muerte,
y yo mando a la chingada a todos los soles del mundo.
El Señor Cáncer, El Señor Pendejo,
es sólo un instrumento en las manos obscuras
de los dulces personajes que hacen la vida.

En las cuatro gavetas del archivero de madera
guardo los nombres queridos,
la ropa de los fantasmas familiares,
las palabras que rondan
y mis pieles sucesivas.

También están los rostros de algunas mujeres,
los ojos amados y solos
y el beso casto del coito.
Y de las gavetas salen mis hijos.
¡Bien haya la sombra del árbol
llegando a la tierra,
porque es la luz que llega!

V

De las nueve de la noche en adelante,
viendo la televisión y conversando
estoy esperando la muerte de mi padre.
Desde hace tres meses, esperando.
En el trabajo y en la borrachera,
en la cama sin nadie y en el cuarto de niños,
en su dolor tan lleno y derramado,
su no dormir, su queja y su protesta,
en el tanque de oxígeno y las muelas
del día que amanece, buscando la esperanza.

Mirando su cadáver en los huesos
que es ahora mi padre,
e introduciendo agujas en las escasas venas,
tratando de meterle la vida, de soplarle
en la boca el aire...

(Me avergüenzo de mí hasta los pelos
por tratar de escribir estas cosas.
¡Maldito el que crea que esto es un poema!)

Quiero decir que no soy enfermero,
padrote de la muerte,
orador de panteones, alcahuete,
pinche de Dios, sacerdote de las penas.
Quiero decir que a mí me sobra el aire...

VI

Te enterramos ayer.
Ayer te enterramos.
Te echamos tierra ayer.
Quedaste en la tierra ayer.
Estás rodeado de tierra
desde ayer.
Arriba y abajo y a los lados,
por tus pies y por tu cabeza
está la tierra desde ayer.
Te metimos en la tierra,
te tapamos con tierra ayer.
Perteneces a la tierra
desde ayer.
Ayer te enterramos
en la tierra, ayer.

VII

Madre generosa
de todos los muertos,
madre tierra, madre,
vagina del frío,
brazos de intemperie,
regazo del viento,
nido de la noche,
madre de la muerte,
recógelo, abrígalo,
desnúdalo, tómalo,
guárdalo, acábalo.

VIII

No podrás morir.
Debajo de la tierra
no podrás morir.
Sin agua y sin aire
no podrás morir.
Sin azúcar, sin leche,
sin frijoles, sin carne,
sin harina, sin higos,
no podrás morir.
Sin mujer y sin hijos
no podrás morir.
Debajo de la vida
no podrás morir.
En tu tanque de tierra

no podrás morir.
En tu caja de muerto
no podrás morir.
En tus venas sin sangre
no podrás morir.
En tu pecho vacío
no podrás morir.
En tu boca sin fuego
no podrás morir.
En tus ojos sin nadie
no podrás morir.
En tu carne sin llanto
no podrás morir.
No podrás morir.
No podrás morir.
No podrás morir
Enterramos tu traje,
tus zapatos, el cáncer;
no podrás morir.
Tu silencio enterramos.
Tu cuerpo con candados.
Tus canas finas,
tu dolor clausurado.
No podrás morir.

IX

Te fuiste no sé a dónde.
Te espera tu cuarto.
Mi mamá, Juan y Jorge
te estamos esperando.
Nos han dado abrazos
de condolencia, y recibimos
cartas, telegramas, noticias
de que te enterramos,
pero tu nieta más pequeña
te busca en el cuarto,
y todos, sin decirlo,
te estamos esperando.

X

Es un mal sueño largo,
una tonta película de espanto,
un túnel que no acaba
lleno de piedras y de charcos.
¡Qué tiempo éste, maldito,
que revuelve las horas y los años,
el sueño y la conciencia,
el ojo abierto y el morir despacio!

XI

Recién parido en el lecho de la muerte,
criatura de la paz, inmóvil, tierno,
recién niño del sol de rostro negro,
arrullado en la cuna del silencio,
mamando obscuridad, boca vacía,
ojo apagado, corazón desierto.

Pulmón sin aire, niño mío, viejo,
cielo enterrado y manantial aéreo,
voy a volverme un llanto subterráneo
para echarte mis ojos en tu pecho.

XII

Morir es retirarse, hacerse a un lado,
ocultarse un momento, estarse quieto,
pasar el aire de una orilla a nado
y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,
refugiarse desnudo en el discreto
calor de Dios, y en su cerrado
puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse bocabajo
hacia el humo y el hueso y la caliza
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa,
tomar la eternidad como a destajo
y repartir el alma en la ceniza.

XIII

Padre mío, señor mío, hermano mío,
amigo de mi alma, tierno y fuerte,
saca tu cuerpo viejo, viejo mío,
saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,
tu frente limpia en que aprendí a quererte,
tu brazo como un árbol en el frío,
saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,
tu boca firme y tu mirada abierta,
tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote la puerta.
Parece que yo soy el que me muero:
¡padre mío, despierta!

XIV

No se ha roto ese vaso en que bebiste,
ni la taza, ni el tubo, ni tu plato.
Ni se quemó la cama en que moriste,
ni sacrificamos un gato.

Te sobrevive todo. Todo existe
a pesar de tu muerte y de mi flato.
Parece que la vida nos embiste
igual que el cáncer sobre tu homoplato.

Te enterramos, te lloramos, te morimos,
te estás bien muerto y bien jodido y yermo
mientras pensamos en lo que no hicimos

y queremos tenerte aunque sea enfermo.
Nada de lo que fuiste, fuiste y fuimos,
a no ser habitantes de tu infierno.

XV

Papá por treinta o por cuarenta años,
amigo de mi vida todo el tiempo,
protector de mi miedo, brazo mío,
palabra clara, corazón resuelto,

te has muerto cuando menos falta hacías,
cuando más falta me haces, padre, abuelo,
hijo y hermano mío, esponja de mi sangre,
pañuelo de mis ojos, almohada de mi sueño.

Te has muerto y me has matado un poco.
Porque no estás, ya no estaremos nunca
completos, en un sitio, de algún modo.

Algo le falta al mundo, y tú te has puesto
a empobrecerlo más, y a hacer a solas
tus gentes tristes y tu Dios contento.

XVI

(Noviembre 27)

¿Será posible que abras los ojos y nos veas
ahora?
¿Podrás oírnos?
¿Podrás sacar tus manos un momento?

Estamos a tu lado. Es nuestra fiesta,
tu cumpleaños, viejo.
Tu mujer y tus hijos, tus nueras y tus nietos
venimos a abrazarte, todos, viejo.
¡Tienes que estar oyendo!
No vayas a llorar como nosotros
porque tu muerte no es sino un pretexto
para llorar por todos,
por los que están viviendo.
Una pared caída nos separa,
sólo el cuerpo de Dios, sólo su cuerpo.

XVII

Me acostumbré a guardarte, a llevarte lo mismo
que lleva uno su brazo, su cuerpo, su cabeza.
No eras distinto a mí, ni eras lo mismo.
Eras, cuando estoy triste, mi tristeza.

Eras, cuando caía, eras mi abismo,
cuando me levantaba, mi fortaleza.
Eras brisa y sudor y cataclismo,
y eras el pan caliente sobre la mesa.

Amputado de ti, a medias hecho
hombre o sombra de ti, sólo tu hijo,
desmantelada el alma, abierto el pecho,

Ofrezco a tu dolor un crucifijo:
te doy un palo, una piedra, un helecho,
mis hijos y mis días, y me aflijo.

SEGUNDA PARTE

I

Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos,
poco a poco te acabas.
Yo te he ido mirando a través de las noches
por encima del mármol, en tu pequeña casa.
Un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas,
otro día sin garganta,
la piel sobre tu frente agrietándose, hundiéndose,
tronchando obscuramente el trigal de tus canas.
Todo tú sumergido en humedad y gases
haciendo tus deshechos, tu desorden, tu alma,
cada vez más igual tu carne que tu traje,
más madera tus huesos y más huesos las tablas.
Tierra mojada donde había tu boca,
aire podrido, luz aniquilada,
el silencio tendido a todo tu tamaño
germinando burbujas bajo las hojas de agua.
(Flores dominicales a dos metros arriba
te quieren pasar besos y no te pasan nada.)

II

Mientras los niños crecen y las horas nos hablan
tú, subterráneamente, lentamente, te apagas.
Lumbre enterrada y sola, pabilo de la sombra,
veta de horror para el que te escarba.

¡Es tan fácil decirte "padre mío"
y es tan difícil encontrarte, larva
de Dios, semilla de esperanza!

Quiero llorar a veces, y no quiero
llorar porque me pasas
como un derrumbe, porque pasas
como un viento tremendo, como un escalofrío
debajo de las sábanas,
como un gusano lento a lo largo del alma.

¡Si sólo se pudiera decir: "papá, cebolla,
polvo, cansancio, nada, nada, nada"!
¡Si con un trago te tragara!
¡Si con este dolor te apuñalara!
¡Si con este desvelo de memorias
—herida abierta, vómito de sangre—
te agarrara la cara!

Yo sé que tú ni yo,
ni un par de valvas,
ni un becerro de cobre, ni unas alas
sosteniendo la muerte, ni la espuma
en que naufraga el mar, ni —no— las playas,
la arena, la sumisa piedra con viento y agua,
ni el árbol que es abuelo de su sombra,
ni nuestro sol, hijastro de sus ramas,
ni la fruta madura, incandescente,
ni la raíz de perlas y de escamas,
ni tu tío, ni tu chozno, ni tu hipo,
ni mi locura, y ni tus espaldas,
sabrán del tiempo obscuro que nos corre
desde las venas tibias a las canas.

(Tiempo vacío, ampolla de vinagre,
caracol recordando la resaca.)

He aquí que todo viene, todo pasa,
todo, todo se acaba.
¿Pero tú?, ¿pero yo?, ¿pero nosotros?,
¿para qué levantamos la palabra?,
¿de qué sirvió el amor?,
¿cuál era la muralla
que detenía la muerte?, ¿dónde estaba
el niño negro de tu guarda?

Ángeles degollados puse al pie de tu caja,
y te eché encima tierra, piedras, lágrimas,
para que ya no salgas, para que no salgas.

III

Sigue el mundo su paso, rueda el tiempo
y van y vienen máscaras.
Amanece el dolor un día tras otro,
nos rodeamos de amigos y fantasmas,
parece a veces que un alambre estira
la sangre, que una flor estalla,
que el corazón da frutas, y el cansancio
canta.

Embrocados, bebiendo en la mujer y el trago,
apostando a crecer como las plantas,
fijos, inmóviles, girando
en la invisible llama.
Y mientras tú, el fuerte, el generoso,
el limpio de mentiras y de infamias,
guerrero de la paz, juez de victorias
—cedro del Líbano, robledal de Chiapas—
te ocultas en la tierra, te remontas
a tu raíz obscura y desolada.

IV

Un año o dos o tres,
te da lo mismo.
¿Cuál reloj en la muerte?, ¿qué campana
incesante, silenciosa, llama y llama?,
¿qué subterránea voz no pronunciada?,
¿qué grito hundido, hundiéndose, infinito
de los dientes atrás, en la garganta
aérea, flotante, pare escamas?

¿Para esto vivir?, ¿para sentir prestados
los brazos y las piernas y la cara,
arrendados al hoyo, entretenidos
los jugos en la cáscara?,
¿para exprimir los ojos noche a noche
en el temblor obscuro de la cama,
remolino de quietas transparencias,
descendimiento de la náusea?

¿Para esto morir?,
¿para inventar el alma,
el vestido de Dios, la eternidad, el agua
del aguacero de la muerte, la esperanza?,
¿morir para pescar?,
¿para atrapar con su red a la araña?

Estás sobre la playa de algodones
y tu marea de sombras sube y baja.

V

Mi madre sola, en su vejez hundida,
sin dolor y sin lástima,
herida de tu muerte y de tu vida.

Esto dejaste. Su pasión enhiesta,
su celo firme, su labor sombría.
Árbol frutal a un paso de la leña,



su curvo sueño que te resucita.
Esto dejaste. Esto dejaste y no querías.

Pasó el viento. Quedaron de la casa
el pozo abierto y la raíz en ruinas.
Y es en vano llorar. Y si golpeas
las paredes de Dios, y si te arrancas
el pelo o la camisa,
nadie te oye jamás, nadie te mira.
No vuelve nadie, nada. No retorna
el polvo de oro de la vida.



POEMAS SUELTOS

EN SERIO

Te digo en serio que la muerte no existe. De pronto lo descubres. Cuando el pedazo de carbón ya no es más madera quemada sino carbón a solas, lleno de sí mismo, con su propia vida; cuando la corteza del árbol o la hoja desprendida flota sobre el arroyo, y la piedra en el fondo junto a los caracoles crece mansamente; el agua llena de tantas cosas minúsculas, llena de luz, de música, de insectos destruidos, de zancudos cristianos caminando sobre su superficie; el agua que se bebe la sombra de los árboles; el ganado a su orilla, las quietas vacas en el viento, el viento quieto como una transparencia; toda la tarde, todo el concierto, la armonía, el deslumbrante misterio que estaba allí a tu alcance, tan sencillo y tan simple. Y tú dentro de todo, con todo en ti mismo. –Te digo que sólo la vida existe.

TU NOMBRE

Trato de escribir en la oscuridad tu nombre. Trato de escribir que te amo. Trato de decir a oscuras todo esto. No quiero que nadie se entere, que nadie me mire a las tres de la mañana paseando de un lado a otro de la estancia, loco, lleno de ti, enamorado. Iluminado, ciego, lleno de ti, derramándote. Digo tu nombre con todo el silencio de la noche, lo grita mi corazón amordazado. Repito tu nombre, vuelvo a decirlo, lo digo incansablemente, y estoy seguro que habrá de amanecer.

LA DROGA

Si ya no puedes regresar a tu orilla izquierda, déjate llevar a donde sea.

Sería bueno olvidarse del brocal del pozo y aventurarse en el río subterráneo.

El día de ayer se ha ido y el que tú fuiste ayer. No trates de levantar del polvo ese amor, porque sólo levantarás jirones y sombras.

Enséñale a tu corazón a caminar de nuevo, como a un niño de meses.

Te dije estas cosas y respondiste:

–Es que soy la costumbre. He tomado veneno todos los días, y me hace falta. ¿Qué droga tremenda es el amor?

◆

¡Aleluya, la madre! ¡Aleluya el tiempo!
Hay que sentir el frío para darse cuenta del viento.
Un buen trago y una buena lumbre.
Un buen amor entre las piernas.
¡Aleluya la suya! ¡Alelumiento,
que se acabe el tiempo!

Corre que corre que corre el viento.
El frío me tiene en su pensamiento.

Se engarrotan las manos,
se me hace nuca el cuerpo,
palo la nuca, vidrio el aliento.
¡Qué desgraciado frío,
qué desmomento!
¡Qué desahuciado,
qué rápido,
qué lento!

Un café, por favor, un aguardiente,
un aguardiente,
un soplo de una brasa,
una cobija, un lienzo...

◆

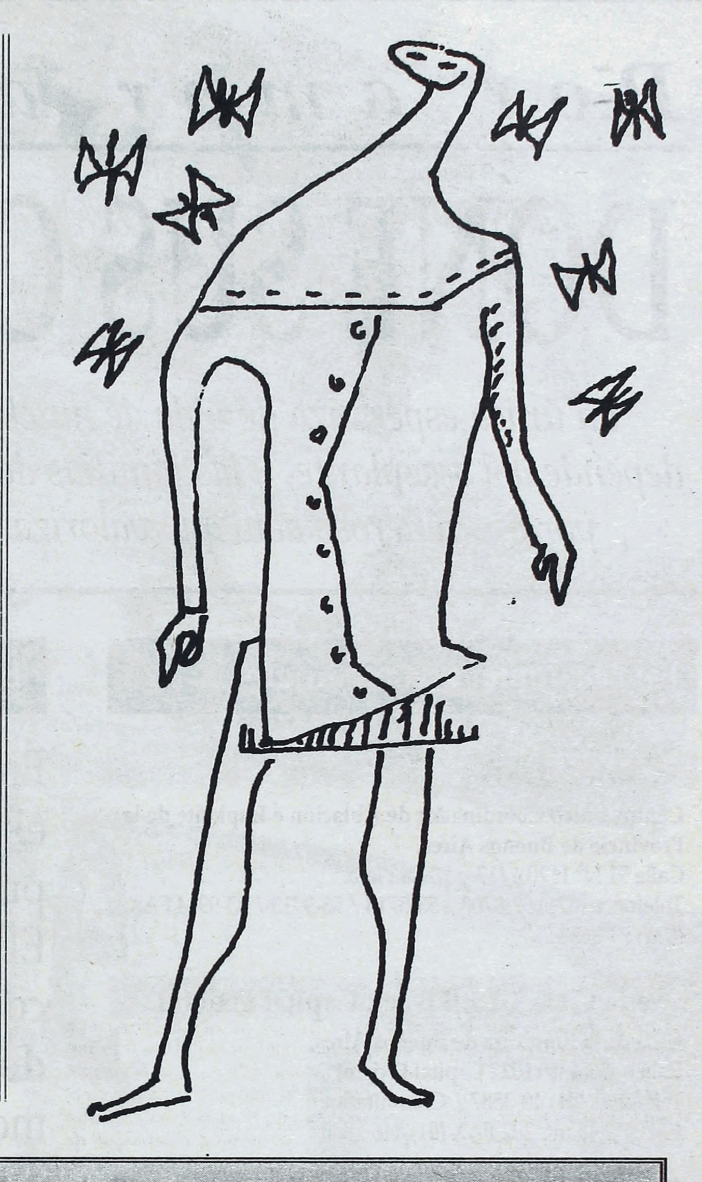
¿Cómo puede decirse un amanecer en Comitán, en mayo, en la quietud, en la frescura, en el aire? ¿Cómo amanecer en el aire?, ¿qué es el aire?, ¿qué es el aire de Comitán en la frescura del amanecer en el aire?

¿Es la humedad el aire?, ¿será la transparencia?, ¿será los árboles perdidos en el aire?, ¿las campanas, las voces, los pájaros tendidos en el aire? ¿Serás tú mismo el aire, caminando en el parque, tomando por asalto las esquinas, subiéndote a los techos, precipitándote en las calles bajas, saludando y amando al que madruga, bebiéndote la Ciénaga en el aire?

¿Es el olor el aire?, ¿la noche macerada, los flotantes aromas, los pétalos de tierra que flotan en el aire? ¿Las agudas espinas, los trocitos de frío que juegan en el aire?

¿Es tu piel, es tu alma, es tu alegría traspasada de infinitas presencias, derramada? ¿Quién asciende, quién vuela más que yo en este amanecer de Comitán en el aire?

ÍNDICE



Autores de la Segunda Etapa

de noviembre 1994 a octubre 1997

- Rafael Alberti
- Ciro Alegría
- José María Arguedas
- Juan José Arreola
- Adolfo Bioy Casares
- Luis Cardoza y Aragón
- Oscar Cerruto
- Sandra Cisneros
- Rosa Chacel
- Eliseo Diego
- José Donoso
- João Guimarães Rosa
- Martín Luis Guzmán
- Pedro Henríquez Ureña
- Jorge Ibargüengoitia
- Juan Ramón Jiménez
- Clarice Lispector
- José Martí
- Álvaro Mutis
- Juan Carlos Onetti
- Miguel Otero Silva
- Alfredo Pareja Diezcanseco
- Nicanor Parra
- Arturo Uslar Pietri
- Nélida Piñón
- Eça de Queirós
- Julio Ramón Ribeyro
- Ernesto Sábato
- Jaime Sabines
- Salarrué
- Carlos Salazar
- Luis Rafael Sánchez
- José Saramago
- Miguel Torga
- Xavier Villaurrutia



Todos los miércoles con Página/12
Corazonadas
de Elsa Bornemann
El libro de los chicos enamorados
En fascículos de 16 páginas ilustrados a todo color
Al retirar las tapas del fascículo, obtendrás un poster para poner donde más te guste
El Libro de Los Chicos Enamorados
PAJARITOS EN LA CABEZA
POEMAS DEL AMOR NO CORRESPONDIDO